

era negro. Los otros acostumbraban a escribirme sobre ello, ¡pero en esa casa están todos tan aturridos! Pues bien, Jon tuvo que acabar resolviendo sus problemas por su cuenta. El hecho de que se haya convertido en un hermoso muchacho negro es testimonio de su obstinado esfuerzo. Le amo más de lo que me amo.

He estado pensando en ti. Escríbeme; sé lo mucho que estás trabajando y comprendo tus limitaciones temporales, pero alguna vez, cuando tengas un momento, recuerda que quiero saber de ti. Envíame las fotografías que te pedí. Poder para el pueblo. Con amor.

George



17 de abril de 1970

Querida Fay:

La esclavitud es una condición económica. Es preciso que tanto la esclavitud clásica como la neoesclavitud sean defendidas en términos económicos. La manada de esclavos es una propiedad; un hombre ejerce sus derechos de propietario que permite su orden económico sobre otro hombre convertido en objeto. El propietario puede movilizar esa propiedad o retenerla en un metro cuadrado de tierra; puede autorizarla u obligarla a procrear otros esclavos; puede venderla, golpearla, explotarla, mutilarla, violarla sexualmente o matarla. Pero, si quiere mantenerla y gozar de todos los beneficios que este tipo de propiedad puede proporcionarle, debe alimentarla, vestirla para protegerla de los elementos y debe proveerle un mínimo techo.

La esclavitud en su forma de propiedad es una condición económica que se manifiesta en una pérdida total o ausencia de autodeterminación.

La nueva esclavitud es una puesta al día con la que la esclavitud propietaria se disfraza ante el mundo. Coloca a la víctima en la fábrica y, en el caso de la mayoría de nuestros negros, en roles auxiliares dentro y alrededor del sistema industrial, a cambio de un jornal. Sin embargo, si no puede encontrarse trabajo dentro o alrededor del complejo industrial, la neoesclavitud de hoy en día no brinda ni siquiera un poco de comida y abrigo. Eres libre para morirte de hambre. El sentido y el significado de la esclavitud provienen de nuestra dependencia del jornal. Debes obtenerlo, pues sin él sufrirás hambre o quedarás expuesto a las inclemencias del tiempo. Tu día entero gira alrededor de la adquisición de un salario. El control de tus ocho o diez horas de trabajo se lo llevan otros. Te quedan catorce o dieciséis horas, pero como no vives en la fábrica debes restar al menos otra hora de transporte. Entonces te quedan trece o quince horas para ti mismo. Si puedes permitirte tres comidas te quedan diez o doce horas. El descanso es también un factor de eficiencia, de manera que debemos descontar ocho horas para dormir, con lo que nos quedan entre dos y cuatro horas. Pero uno debe bañarse, peinarse, lavarse los dientes, afeitarse y vestirse... y no es preciso que me extienda más en esto. Creo que debe ser aceptado que si un hombre —o una mujer— trabaja por un jornal en un empleo que no le gusta —y estoy convencido de que nadie gusta de ninguna clase de trabajo de fabricación en serie, o de fontanería o de albañilería o de ninguna tarea incluida en el sector servicios— reúne todas las calificaciones para la definición de «neoesclavo». El propietario de una fábrica, tienda o negocio dirige tu vida; dependes de ese propietario. Él organiza tu trabajo, el trabajo del que dependen todos tus recursos y estilo de vida. Indirectamente, determina

todo tu día, ya que te organizas para el trabajo. Si no logras ganar un salario más alto del que necesitas para vivir, te conviertes en un nuevo esclavo. Si no puedes permitirte dejar California para ir a Nueva York, te calificas como tal. Si no puedes visitar Zanzíbar, La Habana, Pekín o París, cuando tienes la necesidad de hacerlo, eres un esclavo. Si estás retenido en un punto de la tierra por tu condición económica, estás en la misma situación que si estuvieras retenido por pertenecer a un propietario. Tendrás derecho a un pequeño viaje —para el funeral de tu padre, pongamos por caso—, siempre que aceptes pagar ese derecho con una serie de sacrificios. Aquí, en la colonia negra, los cerdos todavía nos pegan y mutilan. Nos asesinan y lo llaman *homicidio justificado*. Un hermano que tenía una pipa en su cinturón fue muerto de un disparo en la nuca. La neoesclavitud es una condición económica, un pequeño círculo de hombres ejercen el derecho de propiedad dentro del orden económico establecido y organizan y controlan el estilo de vida del esclavo como si realmente se tratara de una propiedad. En definitiva, es una condición económica que se manifiesta en la pérdida total o en la ausencia de autodeterminación. Solo después de que esto sea entendido y aceptado, podremos proceder a una dialéctica que nos ayude a encontrar un remedio.

Antes de la intervención quirúrgica, es necesaria una diagnosis de nuestro malestar; siempre es necesario justificar la presencia de sangre. Y no queremos que la navaja dañe algunas partes no infectadas que pueden conservarse para el futuro.

El cerdo es un instrumento de la neoesclavitud, es preciso odiarlo y evitarlo; es empujado al frente por los hombres que ejercen el derecho antinatural sobre la propiedad. Debes de haber escuchado algo de aquella mierda con que se pontifica la fina línea azul que protege a la propiedad y a los propietarios. Los cerdos no te están protegiendo a ti, a

tu casa o lo que hay en ella. Recuerda que nunca encontraron el televisor que perdiste en aquel robo. Están protegiendo el derecho antinatural de unos pocos hombres a controlar todos nuestros medios de subsistencia.

¡Los cerdos están protegiendo el derecho privado de unos pocos individuos a poseer propiedad pública! El cerdo es únicamente el arma, la herramienta, un utensilio mentalmente inanimado. Es necesario destruir el arma, pero destruir el arma y dejar sana la mano que la empuña nos obligaría para siempre a una acción defensiva, mantendría a nuestra revolución en calma, sería, en fin, el principio de nuestra derrota. El animal que sostiene el arma, el que ha empujado al cerdo a hacernos la guerra, es un amargo destructor, un intratable, un buitre glotón que debe comer de nuestros corazones para sobrevivir. Motivado por Midas, nunca se siente satisfecho. ¡Todo lo que toca debe convertirse en mierda! Matar al cerdo de mierda no tendrá absolutamente ningún efecto curativo si permitimos que este buitre pueda continuar instrumentalizando a otras personas. Salva la mano que sostiene el arma y ella simplemente producirá otras armas. Los *vietcongs* han atacado y destruido a los cerdos y a sus armas, pero eso por sí solo no ha resuelto sus problemas. Si pudieran llegar a las fábricas y a la gente que las posee y organiza, la guerra terminaría en unos pocos meses. Todas las guerras terminarían. Los cerdos que han caído sobre la colonia vietnamita son los mismos que han caído sobre nosotros. Los hay de todos colores, aunque generalmente son blancos. Culturalmente —o anticulturalmente—, tienen el mismo pasado y la misma mentalidad. También el mismo propósito: mantener las áreas económicamente deprimidas del mundo como mercados secundarios y recursos de materias primas baratas para el fascista norteamericano. Las colonias negras —en el interior del propio estado fascista norteamericano— son también mercados secundarios y

recursos de materia prima barata. En nuestro caso, esa materia prima barata está representada por nuestros cuerpos, que simbolizan los beneficios que rinde esta clase de propiedad. ¿Cuánto tendrían que pagarle a un blanco sindicalizado para que recogiera la basura?

Justo detrás de las fuerzas expedicionarias —los cerdos—, van los misioneros y entonces el efecto colonial es completo. Los misioneros, apoyados en la retórica cristiana, nos catequizan en los valores del simbolismo, y nos enseñan nombres de presidentes muertos y desgravaciones fiscales. La colonia negra le entrega su conciencia a estos misioneros. Sus escuelas, iglesias, diarios y otros periódicos destruyen la conciencia negra y nos hacen imposible escoger lo que es mejor para nuestros intereses.

Los eslabones culturales que nos atan a la sociedad capitalista establecida son mucho más cerrados de lo que nos gusta reconocer. En el aspecto cultural —utilizo esta palabra en su sentido estricto— estamos atados a la sociedad fascista por cadenas que han estrangulado nuestro intelecto, arrebatado nuestra sabiduría y que nos hicieron retroceder a una salvaje y desorganizada retirada de la realidad. No queremos su cultura. No deseamos un pedazo del pastel. Está podrido, putrefacto, es repulsivo en todos los sentidos. ¿Qué urgencia tenemos en abordar un barco que se hunde? Cuando estrechamos nuestras manos con la escoria fascista establecida, en cualquier sentido, estamos dándole a los pueblos del mundo, a los honestos pueblos del Congo, Tanzania, Sudán, Cuba, China, Vietnam, etc., el legítimo derecho a odiarnos también.

El pueblo sueco y su Gobierno odian al fascista americano —como deberían hacerlo casi todos los Estados civilizados—. Demuestran su aversión cada vez que se les presenta una oportunidad. El Gobierno norteamericano viste a algún payaso negro con un sombrero de copa y lo manda como embajador. El gato negro no está representando a la colonia

negra. Representa a los cerdos. Los suecos arrojan ladrillos y le piden al «negro» que regrese a casa.

Existe la posibilidad de que el viejo esclavo que ellos envían a Suecia no haya pasado una sola noche en el gueto pero, aún así, representa al negro oprimido. De manera que, cuando el esclavo se vuelve sobre su cola y su sombrero de copa en una distorsionada imitación del genuino estúpido —¿bufón?—, el odio tan intenso que los suecos sienten contra el Estado fascista norteamericano ¡es transferido a nosotros!

El Gobierno compra y entrena a esos perros fugitivos muy cuidadosamente y los envía gateando, con cola y todo, a representar al régimen establecido. Jaurías enteras son enviadas a las naciones africanas como embajadores —y también con cargos menores, por supuesto—, en la suposición de que el pueblo de estas naciones esté en mejores condiciones de relacionarse con un rostro negro. Los líderes de aquellas naciones, que pueden ser tildadas de justas, no sufren ninguna impresión, pero este tipo de cosas afecta profundamente a las masas africanas. Hace algunos años, en uno de los Estados de África Central, una multitud de gente marchó contra los representantes locales del Gobierno americano, por un asunto que ahora no me viene a la memoria —ha habido tantos—, pero estaban lo suficientemente resentidos como para llevar sus muestras de protesta hasta los extremos más violentos. Arrojabán ladrillos y fuego, y exigían la sangre del explotador de esclavos. Desgarraron el trapo yanqui y danzaron sobre él, lo escupieron y estaban a punto de quemarlo. Y lo hubieran quemado y corrido a saquear el centro de propaganda fascista, pero el perro fugitivo, el bufón, los detuvo, los arengó con la voz que le prestaba el ventrículo e hizo huir a la Vieja Gloria⁶² de regreso hacia su albergue

⁶². En mayúscula en el original.

familiar, obstruyendo el sol. Debieron colgar al negro del asta de la bandera, por la parte gruesa del cuello, por haber impuesto una barrera más a la comunión que debemos establecer con los otros pueblos oprimidos del mundo.

Nos envían a la escuela para aprender la manera de ser repudiados. Enviamos a nuestros hijos a centros de enseñanza dirigidos por hombres que nos odian y que detestan la verdad. Debe estar claro que ninguna escuela sería mejor. Quémala, quema también toda la literatura fascista. Después ármate con el pequeño Libro Rojo. No hay otra manera de recuperar nuestros sentidos. Debemos destruir las Publicaciones Johnson⁶³ y los pequeños periódicos negros imitadores de la prensa fascista cuando denuncian a los «extremistas negros». Quemadlos o convertidlos en colectividades populares y dadle a las colonias un saco de dinamita de autodeterminación, anticolonialismo y pensamiento de Mao.

He completado mi último año de secundaria en Bayview, o sea, en San Quintín, donde pasé siete de los diez últimos años de cárcel. Las escuelas de la prisión no son diferentes a las de fuera —en la gran colonia—, con la excepción de que no son mixtas. Usamos los mismos libros de texto fascistas, que contienen la misma cuota de racismo oculta, con sus respectivos tonos de nacionalismo exaltado. Hasta los misioneros son los mismos.

Por entonces, mi eventual libertad bajo fianza estaba condicionada a que completara mi escuela secundaria y, por supuesto, a que fuera un buen muchacho, incapaz de mostrarme colérico, descontento o singular. Yo trataba de aparentarlo. Nunca me hubieran permitido asistir a la escuela de la misión de otra manera. Trabajaba durante el día y asistía a la escuela nocturna.

⁶³. Empresa mediática norteamericana, del empresario John H. Johnson, especializada en generar formatos y contenidos *mainstream* para el público negro.

La biología no estaba tan mal. El instructor a veces aventuraba una opinión que se salía del tema, pero esto era excepcional. Lo atribuyo al hecho de que era algo más joven que los otros sabihondos. Cada uno de ellos tenía una opinión fija sobre tal materia o aspecto metafísico del universo. El coronel Davis, en historia, destacaba por dos características típicas de su profesión: cólera y estupidez. De acuerdo con su credo fascista, este asno era tan patriota y republicano que proponía comenzar y terminar cada clase con una promesa de lealtad a la bandera, lo cual debía hacerse de rodillas. Era alto y cuadrado, con los cabellos grises, un veterano de varias guerras yanquis declaradas y sin declarar. Si pasabas delante de la bandera sin la debida genuflexión, el idiota se ponía a gritar. Por un mes me senté sobre su mierda; AmeriKa la hermosa, la justa, la única nación en el mundo donde pueden permitirse todos un baño bien provisto y un carné de conducir. Los rusos eran todos tártaros gordos; los japoneses eran plagiadores; los árabes no sabían luchar, igual que los franceses. Los africanos —todos— eran primitivos que no sabían lo que les convenía. Los vietnamitas eran solo negros con ojos oblicuos —había cuatro negros en la clase—. Los chinos eran tan estúpidos que no sabían alimentarse e, inevitablemente, tendrían que regresar a los viejos tiempos y al tradicional bicitaxi, las coletas en el pelo, el *coolie*, los antros de opio y las casas de lenocinio. Recibí toda esta mierda con calma pétrea durante un mes. Intenté salir de clase en cinco o seis ocasiones, pero uno debe estar ante una clara situación de vida o muerte si quiere salir de cualquier cosa, una vez que se encuentra dentro. Esto es: si también quieres mantenerte en buenas relaciones con la conjura superior de la prisión, lo que quiere decir que no debes tener voluntad, no tienes derecho a elección o a control de ninguna clase, de modo que debes ser inteligente y someterte. Ahí está el cartel que cuelga allí donde se dirijan tus ojos: «Oh, Señor,

ayúdame a aceptar las cosas que no puedo cambiar». Una situación de vida o muerte es necesaria para escapar; eso es justo lo que me ocurría, pero no podía admitirlo. Es algo que causa muy mala impresión en el informe de la Junta de la condicional. Traté de mantenerme en buenas relaciones con este representante de la gran mayoría silenciosa. Si eso fallaba, fijaría mis ojos en una de las seis banderas del cuarto —una en cada esquina y dos en el escritorio— y trataría de resistir. Ese gato y yo fuimos hasta el final. Nunca lo planeé de esta manera, en realidad mi plan era esconder mi «dignidad» y esperar. La escena que protagonizamos fue completamente espontánea, comenzó en los primeros minutos de nuestra clase de dos horas. La mayoría silenciosa recién había terminado un himno al gran monstruo norteamericano, corporizado en la frase: «Pues bien, ¿no tenemos derecho a estar orgullosos?». Yo dije: «No». El tipo me echó una mirada, parpadeó y continuó con su elogio. Mi respuesta no se grabó en su mente; me escuchó, pero estaba seguro de que se había equivocado. En la enclaustrada mente de este hombre, mi descontento, mi falta de satisfacción, era algo demasiado disparatado para ser cierto. El buen coronel había estado explicando el capitalismo corporativo, el resultado final de una larga cadena evolutiva de otros arreglos económicos. Era un sistema sano y perfecto; el mejor que un hombre podría esperar. Era el único orden económico que permitía las inclinaciones naturales del hombre. Las naciones bárbaras de Asia y África que lo abandonaban para adoptar economías planificadas fracasarían finalmente, puesto que faltaba el móvil del incentivo, inherente al ideal del capitalismo. Sin el incentivo de la pérdida y la ganancia, la producción permanecería baja y eventualmente fracasaría. Me puse de pie, me senté sobre el respaldo, puse un pie sobre el asiento y le dije al gato que acababa de pronunciar «otra» mentira. No sé por qué hice eso. Al comienzo había sentido incluso una cierta simpatía

por el idiota. Su boca se abrió como la de un tiburón, sus orejas, su frente y su nariz demostraban que era un americano de sangre tan roja como cualquiera.

En un impulso inconsciente, sus manos se cerraron alrededor de la base de los dos mástiles de las banderas de su escritorio como para proteger los pequeños pedazos de trapo de color ¡del negro imprudente y antipatriótico que acababa de blasfemar!

«¿Qué es lo que has dicho, muchacho?» Dije: «Usted ha estado mintiendo desde hace un mes acerca de la “ética del trabajo”, los “procesos de votación” y los “incentivos económicos”. Usted ha estado mintiendo toda su vida realmente, y ahora quisiera cuestionar algo de toda esta palabrería. ¿Puede usted aceptarlo?»

No esperé su respuesta, sino que continué: «He trabajado en fábricas de este país, en cadenas de fabricación en serie, haciendo trabajo de producción. He hecho algunos estudios de procedimientos de producción en masa en la industria pesada y ligera, y he incursionado en la economía política en general, y estoy seguro de que en todo lo que usted ha afirmado aquí durante el último mes ha habido una consciente intención de tergiversar la verdad, de presentar solo aquellas partes de la verdad que apoyen lo que usted sostiene, o de omitirla del todo. Este asunto del incentivo es un factor de la producción; para que influya sobre el volumen de producción o sobre su calidad, debe estar claro que dicho incentivo ha de tener alguna manera de comunicarse con el trabajador. Puedo comprender que un propietario o un ejecutivo tengan el deseo de hacer y de ganar más dinero, pero, ya que la ambición es algo muy personal, ¿cómo afecta a la actitud productiva del trabajador? Su salario será el mismo si trabaja mucho, no tanto o con muy pocas ganas; y, en definitiva, de cuán duramente trabaje el obrero dependen el volumen y la calidad».

Se recostó en su silla, se pasó las manos por el pelo, le palpitaron la nariz y el labio superior, observó su bandera y luego a mí y respondió: «Pues bien, en nuestras fábricas tenemos cuotas que deben ser alcanzadas y capataces y expertos en eficiencia que vigilan para que estas sean alcanzadas».

«¿Ha dicho "cuotas"? Eso suena como una de las directivas públicas de Fidel —ya sabe, las cuotas del azúcar—; la diferencia está, por supuesto, en que Fidel depende de la colaboración que surge de la participación y, es posible que también, del conocimiento de que el volumen y la calidad de la producción determinan el bienestar general, y no las fortunas personales de un propietario o de un pequeño grupo de ellos. En las factorías en que he trabajado, observé que el principal interés de la mayoría de los trabajadores eran los descansos para el café, los almuerzos y las horas de salida; mirábamos el reloj, controlábamos al capataz y a otros espías, y hacíamos tantos viajes al baño como fuera posible sin que se dieran cuenta. Aunque el móvil de la ganancia pueda incitar al propietario y al supervisor a investigar y organizar la producción, el índice de productividad está determinado por las actitudes del trabajador —al menos, en una planta que no está totalmente automatizada—; y aun así dependería de los obreros en las máquinas, herramientas y sectores manufactureros a gran escala. Siendo así, el caso es diametralmente opuesto a lo que usted sostiene como verdad. Hay menos incentivo real. Si hay que basarse en el impulso del beneficio, algo inherente al moderno capitalismo, queda claro que si el trabajador sintiera que las máquinas, la fábrica, todas las fábricas son suyas en parte, estaría mucho más preocupado por la productividad y la calidad del producto, mucho más preocupado que uno que no tiene nada que arriesgar salvo su escaso salario.»

«Usted no ha entendido el significado de mi afirmación —Es él quien habla ahora—. El estímulo de la ganancia y

el miedo a la pérdida son las motivaciones que han hecho eficiente el sistema de producción capitalista. Automáticamente controla las facilidades marginales y desagrega en factores la producción. Es responsable de la demanda y del abastecimiento, o sea, de las demandas de los consumidores y la eficacia de los materiales, y esta responsabilidad es automática, algo interior, parte inherente al sistema.»

Repuse que lo mismo podía decirse de cualquier sistema de economía política: «En la economía popular planificada, sin embargo, el aspecto automático es dejado de lado y la demanda no es estimulada artificialmente al estilo de Madison Avenue.⁶⁴ Es fatuo y engañoso proclamar que las motivaciones detrás de la lógica de las pérdidas y las ganancias son solo un aspecto del capitalismo. Es un aspecto de todas las economías, en todos los tiempos pasados y presentes. La única diferencia es que en el capitalismo el estímulo es manejado contra los intereses del pueblo, en términos relativos por muy pocos individuos, quienes, por casualidad o por inclinación a la ferocidad, han sido capaces de alegar fraudulentos reclamos sobre sus derechos al beneficio, a la ganancia de la riqueza producida por el trabajo y aplicada a materiales que son recursos naturales que sostienen la vida de los hombres. En las repúblicas populares de África, Asia y Europa del Este, este derecho al beneficio —beneficiarse con el trabajo y las tierras— ha sido recuperado para *el pueblo*. Este obtiene colectivamente el incentivo del beneficio; una situación que conduce más fácilmente a la productividad, puesto que depende de la actitud del obrero individual. Proporcionalmente, China ha alcanzado más objetivos económicos en veinte años que Estados Unidos en

⁶⁴ En esta vía de Manhattan nacieron, durante la década de 1920, buena parte de las empresas que desarrollaron el mercado publicitario. El término es utilizado como sinónimo de «industria publicitaria».

doscientos. Ellos tuvieron la ventaja de poder eludir los terribles errores cometidos por Estados Unidos y Europa occidental en esos doscientos años, pero una comparación entre la China actual y, digamos, la India o la Indonesia de hoy, donde económicamente no ha habido desarrollo alguno, nos señalará claramente qué sistema está mejor orientado para satisfacer las necesidades del pueblo. El Gobierno y los líderes de la India se quedaron con el capitalismo —la empresa privada—; en cambio, China recurrió al socialismo popular revolucionario mirando hacia un futuro comunista. Estoy seguro de que todos los que están en este salón tienen la suficiente inteligencia para entender que los disturbios en la India por el arroz y por quienes duermen en la calle no indican que el chino sea precisamente el camino equivocado».

«Pero en China se están muriendo de hambre», sentenció con mucha vehemencia, de pie, con los cabellos chorreando sobre su frente, los puños cerrados, el pecho hacia afuera, los hombros hacia atrás.

«Nadie se muere de hambre en China, es su ignorancia la que habla. Probablemente estaba usted mintiendo antes, pero es posible que sea lo suficientemente ignorante como para pensar que el pueblo de China se muere de hambre todavía, porque así sucedía, y en gran número, cuando vosotros estabáis ahí, en la década de 1940, sirviendo al orden establecido, fascista, militar, industrial. Vuestra ignorancia en estos asuntos ha llevado a China y a otras naciones del Tercer Mundo a la conclusión de que todos vosotros vivís tras un auténtico velo de ignorancia. Hay más gente muriéndose de hambre en Estados Unidos, en el cinturón negro del sudeste del país, en todas las grandes ciudades, en los montes Apalaches y en los viñedos de California, que en ningún otro país del mundo, con la posible excepción de la India. China envía grano a otros países sobre una base de libre préstamo de intereses a

largo plazo. Vietnam, Egipto, Pakistán y algunos otros países están alimentándose ahora mismo con el exceso de provisiones de alimentos de China.»

«Negrata, ellos acaban de comprar cien mil toneladas de trigo a Canadá, el mes pasado.»

«Ha dicho usted “comprar”, lo que significa que lo deben de estar pasando muy bien; el principio de la ventaja económica significa que los pueblos en sus áreas respectivas, “naciones” si así lo prefiere, con sus respectivas diferencias de clima y topografía, deben producir lo que les resulte más fácil y natural. Con una organización adecuada, estarán en condiciones de producir un exceso de aquellos alimentos que crezcan bien en su zona. Es este exceso el que la bien organizada sociedad —la de hoy al menos— utiliza para cambiar por cosas que no puede producir a bajo costo. China ha comprado trigo a Canadá con otros productos alimenticios y materias primas que Canadá necesitaba. Ese negocio del mes pasado fue simplemente una buena oportunidad para China. Canadá le compra carne a Argentina. ¿Significa esto que Canadá está al borde del colapso económico? No hay nada que así lo indique, ni siquiera un indicio. Si una cosa no está creciendo, significa que está en decadencia. El gobierno del pueblo ha estado en marcha desde el final de la Segunda Guerra Mundial, construyendo, desarrollando, desafiando y derrotando a los sistemas de base capitalista que funcionan sobre la servidumbre del pueblo. El fracaso inevitable será el del capitalismo; las armas de Vietnam anunciarán su muerte. Ya sabemos cómo luchar contra ustedes; el capitalismo; se está muriendo aquí mismo, esta noche; obsérvese a sí mismo, está usted derrotado.» Avanzó sobre mí en su postura de boxeo del marqués de Queensberry.⁶⁵ Salí de la clase *esa misma*

⁶⁵. Las normas y actuales categorías del boxeo nacen de las

noche. Sin embargo, hasta ahora no he podido salir de la cárcel.

No queremos que gente como Davis enseñe a los niños: él mismo ha sido educado en la estupidez. Su perogrullada favorita era que a los norteamericanos «les gusta el trabajo duro, desean un empleo bien pagado y tienen una inclinación natural a ser prósperos y ahorrativos». Eso es una agresión contra el Estado del bienestar automatizado. Él piensa que los norteamericanos prefieren trabajar con sus manos antes que usar una máquina que pueda hacer el mismo trabajo mejor y más rápido. Me suena bastante estúpido. A mí, ciertamente, *no me gusta trabajar*. Nadie puede honestamente gozar de la monotonía de la fabricación en serie. Y tampoco de la recolección de basura, de barrer las calles, de fregar ventanas. Abogo por que las máquinas se ocupen de todos los sectores económicos en que puedan ser aplicadas. No tendría la menor dificultad para encontrar algo que hacer con mi tiempo. Mientras me llegue el cheque por correo, mientras no me vea obligado a estar de pie en alguna fila para recogerlo, no tendría queja alguna. «Ganarás el pan con el sudor de tu frente» fue el resultado de una maldición. Los conservadores —de sus privilegios— quieren ahora que nosotros consideremos el trabajo como una diversión. El edén capitalista se ajusta a mi descripción del infierno. Para destruirlo se requerirá la cooperación y comunión entre las partes relacionadas con nuestra causa; comunión entre colonia y colonia, entre nación y nación. El lazo común será el deseo de humillar al opresor, la necesidad de destruir al capitalista y a su terrible y horrorosa maquinaria. Si hay cualquier diferencia o agravio entre nosotros, entre las colonias negras o entre los pueblos de otras colonias alrededor del

originalmente defendidas por John Douglas (1844-1900), noveno Marqués de Queensberry.

mundo, deberemos estar dispuestos a olvidarlos en la desesperada necesidad de coordinación contra el fascismo norteamericano.

La coordinación internacional es la clave para derrotar a esta cosa que necesita expandirse para sobrevivir; coordinación con otros esclavos con los que compartimos el mismo amo a consecuencia del complejo de inferioridad con el que hemos sido condicionados. Tenemos temor a que, en medio del proceso, los chinos nos engañen; o que los compañeros blancos que apoyan el socialismo y la liberación de todas las colonias de Norteamérica solo quieran realmente usarnos, engañarnos. «No podemos confiar en ellos, nos harán trampa.» Pues bien, si somos tramposos podemos esperar que nos hagan trampa. Esa paranoia es el resultado de los días en que un rostro blanco en una multitud negra significaba que un cerebro blanco estaba controlando las cosas. Es un resultado de los días en que algunos de nosotros sentían que nada podía funcionar sin la presencia del cerebro blanco, cuando estábamos suficientemente convencidos de nuestra propia inferioridad para permitirles que se encargaran de nosotros.

Tal como están las cosas a la luz de los distintos días, con nuestra revolución de capa caída, nuestras luchas contrapuestas por asesinatos políticos perversos y avalanchas de propaganda, terror y *tokenismo*, debemos superar la paranoia. Está basada en la falta de confianza en nuestra habilidad para controlar situaciones. Sin embargo, nadie puede adueñarse o traicionar nuestros intereses si estamos alerta y somos agresivamente inteligentes. Debemos aceptar el espíritu del internacionalismo real reivindicado por el compañero Che Guevara. No es cuestión de no confiar en nadie, personalmente pienso que todavía puedo confiar en algunas personas ya que yo también formo parte del pueblo. También estoy seguro de mi capacidad para detectar por adelantado cualquier cambio atávico que augure

la traición. No es solo una cuestión de confiar en la buena voluntad de los otros esclavos, las otras colonias y las otras personas, es simplemente una cuestión de *necesidad común*. ¡Necesitamos aliados, tenemos un poderoso enemigo que no puede ser vencido sin colaboración de aliados! El enemigo actual es el sistema capitalista y sus secuaces. Nuestro interés principal es destruirlos. Cualquiera con el mismo interés debe ser acogido, tenemos que trabajar codo con codo con cualquiera que tenga el mismo objetivo que nosotros independientemente de sus características físicas externas. El capitalismo tiene que ser destruido, y después de destruido, si descubrimos que seguimos teniendo problemas, los resolveremos. Esto, la naturaleza de la vida, la lucha, la revolución permanente, es el contexto en el que hemos nacido. Hay otras personas en esta tierra. Al negar su existencia y volcar hacia dentro nuestra propia miseria y aceptando cualquier forma de racismo, estamos asumiendo la característica de nuestro enemigo. Nos estamos resignando a la derrota. Para formar una conspiración que aspire a la destrucción del sistema que nos mantiene inmersos en una inseguridad desesperada, debemos tener elementos de coordinación que nos conecten a nosotros y a nuestras maniobras con los movimientos de las otras colonias, las colonias africanas, las de Asia y Latinoamérica, en los Apalaches y en los campos de alubias del sudoeste. Si para un blanco revolucionario es más oportuno naturalizar un área determinada, ¿debo negarle la oportunidad de contribuir reteniendo la influencia proteccionista de mi cooperación? Si lo hiciera, me convertiría en un necio y un cobarde miope; en una estafa.

El revolucionario de Vietnam, ese hermano, está tan marcado, es tan claramente antifascista, antiamericano, que debo sospechar de la sinceridad de cualquier negro que reclame el antiamericanismo y antifascismo, pero no pueda aceptar al *Cong*. Los chinos han apoyado a todos

los movimientos anticoloniales que han tenido lugar desde que tuvieron éxito por sí solos, en particular a los de África. Ellos nos han ofrecido todo el apoyo que hemos necesitado en las colonias americanas, desde granadas de mano hasta bombas de hidrógeno. Algunos de nosotros rechazaríamos a esta gente tan maravillosa y honrada. Yo acepto su asistencia en mi lucha contra un enemigo común. Acepto y aprecio cada amor que podamos construir en nuestra relación en crisis. Yo, jamás, jamás permitiré que mi enemigo me vuelva en contra de ellos. El perro yanqui que me propone unirme a él dominando la libertad de un hermano de la revolución chino o vietnamita será escupido. No me preocupa cuánto me ha ofrecido en beneficios materiales a corto plazo.

Debemos establecer un internacionalismo real con otros pueblos anticoloniales. Así, estaremos en el camino de la verdadera revolución. Solamente así, podemos esperar ser capaces de tomar el poder que es legítimamente nuestro, el poder de controlar las circunstancias de nuestra vida diaria.

El fascista necesita expandirse para vivir. Como consecuencia ha impulsado sus fronteras hacia las tierras y pueblos más lejanos. Es un aspecto de su ser, una compulsión ingobernable. Este monstruo mecánico y pervertido padece de un mal que le fuerza a construir cosas feas y a destruir la belleza donde sea que la encuentre. Acabo de leer en un periódico jurídico que un 50 por ciento de todas las personas ejecutadas por el Estado en este país son negras y el 100 por cien son pobres y de clase baja. Voy a reventarme el corazón intentando parar a estos engreídos, degenerados, primitivos, omnívoros, incivilizados... y a cualquiera que me tenga como objetivo. Finalmente nosotros, los negros de las colonias, debemos armarnos de valor, controlar nuestro miedo y adoptar una imagen realista de este mundo y el lugar que ocupamos en él. No somos fascistas ni americanos. Somos un pueblo

colonial oprimido y deprimido económicamente. Fuimos traídos aquí, desde África y otras partes del mundo de palmeras y sol, bajo coacción y hemos pasado nuestros días bajo coacción. Los que mandan en este país jamás nos dejarán tener éxito en el poder. Todo lo que ha tenido algún valor en la historia ha sido arrebatado por el poder. Debemos organizar nuestros pensamientos, ir tras la vanguardia revolucionaria y establecer las correctas alianzas esta vez. ¡Tenemos que caer sobre nuestros enemigos, los enemigos de toda honestidad, con una despiadada e inquebrantable voluntad de ganar! ¡La historia arrasa, *esta vez* no podemos dejar que escape a nuestra influencia!

Soy un extremista. Reclamo medidas extremas para solucionar problemas extremos. Cuando la paz y la libertad están afectadas, no apuesto por medias tintas. Para mí, no merece la pena vivir la vida sin el control sobre los factores determinantes. Sin autodeterminación, estoy extremadamente insatisfecho.

El capitalismo internacional no puede ser destruido sin extremismo en la lucha. El mundo entero colonial está observando a los negros de Estados Unidos, expectante y esperando que entremos en razón. Sus problemas y luchas con el monstruo americano son mucho más difíciles de lo que serían si nosotros les apoyásemos activamente. Estamos en el interior. Somos los únicos (aparte de la minoritaria y pequeña izquierda blanca) que podemos llegar al corazón del monstruo sin someter al mundo al fuego nuclear. Tenemos un papel histórico trascendental que jugar si lo hacemos. El mundo entero por siempre nos amará y recordará como el pueblo honesto que hizo posible vivir al mundo. Si caemos en el miedo y la falta de imaginación agresiva, los esclavos del futuro nos maldecirán, como nosotros maldecimos a veces a los de ayer. No quiero morir y dejar unas pocas canciones tristes y un montículo de tierra como mi último monumento. Quiero dejar un mundo libre

de basura, contaminación, racismo, Estados-nación pobres, ejércitos y guerras entre los Estados-nación. Libre de lujos, de intolerancia, de estrechez de miras, y de miles de diferentes formas de falsedad y lujuriosas economías usureras.

Debemos construir un internacionalismo real ya. Conocer los pueblos en crisis es la mejor manera de aprender de ellos. Las situaciones críticas rebelan la debilidad y la fuerza. Subrayan nuestra humanidad con todo detalle. Si hay alguna base para creer en la universalidad del hombre, la encontraremos en esta lucha en contra del enemigo de la humanidad.

George



18 de abril de 1970

Querida Z.:

Tengo conmigo tu mensaje del 16 de abril.

Tu madre debe de ser una bellísima persona o tal vez haya sido la revolución la que te hizo así, o quizás algún tipo. Sea lo que fuere, este individuo agradece a las fuerzas que te han formado que me hayas escogido.

La comunión jamás podrá ser egoísta; son términos diametralmente opuestos, uno es la antítesis del otro; la comunión a través de la cultura, las naciones, los planetas, el universo, ese es el largo título de nuestro ideal.

El problema que te planteé se me presenta ahora, cuando vuelvo a pensar en él, como un fantasma de los días verdaderamente oscuros, cuando mis sonrisas eran meros gestos para relajar a la gente. Entonces estaba

En nuestra última carta hice una declaración acerca de la mujer y su papel en la cultura revolucionaria. No fue muy clara. Quise retornar a ella pero me desvié del tema. Comprendo exactamente cuál debe ser el papel de la mujer. El mismo que el del hombre. Intelectualmente, hay muy poca diferencia entre el hombre y la mujer. Las diferencias que observamos en la sociedad burguesa son todas condicionadas y artificiales.

Quería llegar al hecho evidente de que la mujer negra, en este país, es mucho más agresiva que los varones negros. Pero eso está calificado por el hecho de que su agresión ha sido, hasta hace muy poco, enmarcada dentro del sistema: el tema de «consigue un diploma, muchacho» o «gana un poco de dinero», cuando deberían haberlo invitado a procurarse un revólver. El desarrollo de la habilidad para la lucha sería y la violencia organizada no ha sido —con toda certeza— alentado por la mujer negra, pero tampoco ha sido desalentado —como lo fue en el caso del varón negro—.

Por favor, no me despidas todavía. Déjame que me apresure a recordarte que ya hemos establecido algo: la sociedad burguesa ha relegado a la mujer en general —y, sobre todo, a la mujer esclava— a un ámbito de existencia muy particular. No estoy por decir que ellos la consideraban más o menos. El amor ni siquiera entra en esta ecuación. Pero el pensamiento social primitivo —burgués— y los mitos sexuales, sí. En primer lugar, una mujer no era considerada peligrosa. En segundo lugar, la experiencia más importante del macho norteamericano blanco para llegar a «ser hombre» era entrar en el cuerpo de una mujer negra. Estas dos circunstancias contribuyeron a la longevidad y a la condición matriarcal de la mujer negra.

Añádase a todo esto el hecho de que la madre negra quería ver a su hijo sobrevivir en una siniestra y asesina sociedad masculina blanca y las grotescas piezas deformadas empiezan a encajar.

Estaba diciendo que si la madre negra quiere venganza, tendrá que dejar de enseñarle a sus hijos el miedo a la muerte. Por negligencia, ella domina en la subcultura negra, y su hijo debe ser el catalizador de cualquier gran cambio que suceda en este país. La cabeza y el puño; nadie más tiene tanto que ganar.

Poder para el pueblo.

George



29 de mayo de 1970

Queridísima Angela:

Estoy pensando en ti. No he hecho nada más en todo el día. Esta fotografía que tengo no es la adecuada. ¿Recuerdas lo que dijo Eldridge con respecto a las imágenes para una celda? Dale a Frances varias ampliaciones en color. Este es el aspecto más cruel de la experiencia en la prisión. Nunca podrás entender lo mucho que les odio por esto; nadie podría. Yo mismo he sido incapaz de medir la intensidad de ese odio.

Durante estos diez años nunca he dejado mi celda en busca de problemas, ni una sola vez he sido yo quien iniciara un hecho violento. En cada caso en que fue alegada una actitud violenta por mi parte, se trataba de una respuesta de defensa/ataque frente a agresiones verbales o físicas. Tal vez un psiquiatra, un psiquiatra occidental quiero decir, pueda acusarme de anticipar los ataques. Pero yo no nací violento ni a la defensiva. Tal vez ese mismo psiquiatra podría diagnosticar, debido a mis reacciones «exageradas», que no soy muy buena persona. Pero

nuevamente te remito al hecho de que nací inocente y confiado. El instinto de supervivencia y todo lo que brota de él se ha desarrollado en mí debido a la necesidad.

No soy muy buena persona, lo confieso. No creo en cosas como la libertad de expresión, cuando se la utiliza para robarme y difamarme. No creo en el perdón o en la clemencia, ni en la represión. He pasado por tantas cosas que he terminado por aprender todos los trucos sucios que se han inventado (y hasta he inventado algunos nuevos). Yo no juego limpio ni peleo limpio. Tal como veo la situación, las cosas que pasan todos los días, el caso que han montado en mi contra; cuando veo todo eso en perspectiva, con la injuria colectiva superpuesta contra el fondo de la imagen que me has dado, decido que nadie sacará ningún provecho de esto, hermana. Nadie volverá a sacar algún provecho de nuestro dolor. Esta es la última ronda de torturas que soportaré. Ellos han creado esta situación. Todo lo que resulte de ella será su responsabilidad. Ellos han hecho de mí un negro encolerizado y resentido, y el rencor está creciendo ¿hacia qué clímax? Los administradores de la nación se han hecho ricos sobre ejemplares negros, pero quiero que creas en mí, Angela: voy a terminar siendo un ejemplar bien pobre, nadie sacará provecho de mi inmolación. Cuando llegue el día, tendrán que enterrar a diez mil de los suyos con honores militares completos. Y lo tendrán merecido.

¿Te das cuenta de cómo me embriaga esa fotografía?

Lo tienes todo, mujer africana. Estoy muy satisfecho. Si no me pides mi brazo derecho, mi ojo izquierdo, ambos ojos, quedaré muy decepcionado. Eres el estímulo más poderoso que podría tener.

Desde ahora, cuando tengas libros para que yo los lea, que sean de alguna utilidad para la preparación de mis mociones y selección de preguntas al jurado, envíalos a través de John Thorne, abogado del pueblo; él está menos presionado. Mamá tiene una lista de libros. Dile a Robert

que consiga dinero para ellos, y busca siempre las ediciones de bolsillo, ¿de acuerdo? Mi padre —trata de comprenderlo— estará conmigo en los últimos días, a pesar de todo lo que diga o piense ahora. Le he dicho que te amo y también que si me tiene algún respeto y quiere que salve su pescuezo en el Armagedón, debe ser amable contigo.

Recibí una carta suya esta noche en la que califica a los cerdos con su apelativo más exacto: «cerdos». Acabará bien. Ya intuyo tu influencia. Pero retorno a los libros. Con cada bulto de material pesado introduce un libro de referencia que trate de hechos, números, estadísticas, gráficas, para proseguir con mi educación. También volúmenes sobre el personal y la estructura política actual, en el frente militar y económico. Estoy haciendo un serio trabajo teórico, por si te interesa, dedicado a Huey y a Angela. Si comprendes lo que quiero, házmelo saber. Hermana, siento que he estado incomunicado durante estos diez últimos años. Nadie entendía lo que yo quería hacer o decir. Pertenece al grupo de los rectos y justos del mundo. Somos los más poderosos. Estamos en la mejor posición para hacer el trabajo del pueblo. Vencer implica aceptar el riesgo, arrastrarse sobre el vientre, dar nombres, infiltrarse, ofrecer pequeños consuelos sin mayor significado, readaptar algunos valores. Mi vida no significa absolutamente nada si carezco de un control necesario sobre todos los factores que determinan su calidad. Si me comprendes, apúrate a enviarme todo lo que te he pedido. Debe llegar un bulto cada día. Lo he leído todo, una vez al menos, pero lo necesito ahora... y el tiempo se ha vuelto muy importante. Quiero que creas en mí. Te quiero como hombre, como hermano, como padre. Cada vez que abro la boca —considera mi posición de lucha—, estoy en efecto intentando decir que te amo, mujer, mujer africana. Mi reclamo es muy tímido, algo mucho más efectivo está escondido en mi mente; cree en mí, Angela. Este negro tiene

algo de inteligencia y no tiene miedo a utilizarla. Si mis enemigos, tus enemigos, demuestran ser más fuertes, al menos quiero que ellos sepan que pusieron extremadamente furioso a un africano justo. Y que estiraron hasta el máximo la paciencia de un pueblo amable y recto.

He dejado de escribir varias veces para hacer ejercicio, para comer; se me ha hecho tarde. Quiero que la carta salga esta noche. Tan pronto recibas esta y las otras, debo saberlo. ¿Estás segura acerca de tu correspondencia? Puedo imaginar que la CIA está leyendo tu correo antes de que tú lo recibas, y decidiendo lo que debes y lo que no debes recibir. Gran Hermano. Él es casi transparente. Me tiene sin cuidado. Tengo su número. Sé que es un miserable. No puede detenerme.

¿Deberíamos hacer un voto de amantes? Suena tonto, con todos mis días contados, pero puedes bromear conmigo.

¡Poder para el pueblo!

George



Sábado, 30 de mayo de 1970

Querida Joan:

Mientras escribo esta, es muy temprano; la madrugada del sábado; utilizo la luz nocturna que han puesto delante de mi celda. Es una noche extraña, se aparta de lo ordinario, es quieta y silenciosa.

Se me ocurre que probablemente estés dormida. Pero también es posible que no; mi familia estuvo hoy

por tu zona; sé cuán destructiva puede ser esa experiencia.

Acabo de encender mi cigarrillo número setenta y cinco de hoy; será el último hasta después del desayuno.

Antes de comenzar esta carta, estuve pensando en todas las maravillosas mujeres de mi vida, y decidí que debía enviarte noticias mías. Estoy portándome como siempre lo he hecho: deseo cinco, espero tres y recibo nada.

Estoy un poco gordo tal vez, pero no sé cómo arreglar eso: no como nada —por miedo al veneno—. Muy rara vez duermo y al menos hago cinco horas completas de ejercicios marciales, con bastantes descansos para fumar.

El amor es la fuerza más grande —si lo dejamos actuar libremente—; es suave y cálido; estréchalo fuertemente, busca los rasgos comunes, ¡fuera el individualismo!

Desde Dachau, con amor.

George



2 de junio de 1970

Queridísima Angela (primera entre las iguales):

Este ha sido mi cuarto intento de alcanzarte. Los otros fueron en papel como este. Todos ellos dicen: «Te amo, mujer africana» y poco más. Continuaré tratando de llegar a ti, en esta y en cualquier otra existencia que viva. Es algo que ellos no pueden controlar.

Cuando tengamos algunos canales de comunicación establecidos, expondré algunos de mis pensamientos,